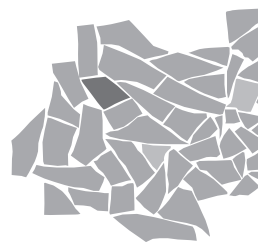
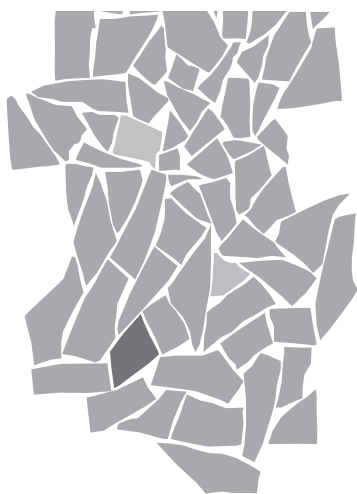


Colección
TRENCABÍS





Andana
editorial

© del texto: Enric Senabre Carbonell
© de la traducción: David Guinart Palomares
© de las ilustraciones: Jordi Sunyer
(ilustrador representado por IMC Agencia Literaria)
Corrección: Leticia Oyola

© Andana Editorial
Av. Aureli Guaita Martorell, 18.
46220 Picassent (València)
andana@andana.net / www.andana.net

1a edición: noviembre de 2025
ISBN: 979-13-87883-12-6
Depósito legal: V-4437-2025
Impreso por Imprenta Mundo

Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro en ninguna forma ni medio sin la autorización escrita del editor. En caso de necesitar fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a Cedro (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.



ENRIC SENABRE

¿Porno?

Lo que la pantalla
no te cuenta (del sexo)



Un grano en la nariz

Albert se despertó cansado aquel día. No sabía por qué, pero cuando su madre abrió la puerta de la habitación y lo despertó, todavía tenía sueño. Y no era normal, porque casi todas las mañanas solía levantarse enseguida, sin pereza y hasta con una cierta alegría. La euforia con que se levantaba no era tanto por tener que ir a la escuela como porque allí se reunía con los amigos con los que le gustaba estar, y, de camino, quedaba con Laia para ir juntos, y eso sí que le emocionaba.

Pero el día del que hablamos tenía sueño y tuvo que esforzarse más de lo normal para retirar las sábanas, ponerse las zapatillas de estar por casa, mover su cuerpo desgarrado e ir directo al baño. El caso es que le costó orinar, porque tenía el pene duro y no conseguía que el líquido saliera. Por eso hizo más fuerza y por fin lo logró. Sin darle más importancia, se lavó la cara en el lavabo y cuando se miró en el espejo no encontró la habitual cara estirada, ojos castaños y pelo negro: lo que descubrió, horrorizado, fue un grano enorme en la punta de la nariz que lo convertía en un monstruo. ¡Era horrible! Albert se quedó paralizado, sin saber qué hacer. Se lo tocó y le hacía daño; lo apretó, pero le dolía aún más.

Al final, desconcertado, llamó a su madre:

—¡Mamá!

—¿Qué quieres, Albert? Estoy preparando el desayuno.

—¡Ven!



El grito desesperado preocupó a su madre, que fue corriendo al baño imaginándose cualquier catástrofe.

—¿Qué pasa?

—Mira —dijo Albert, señalando con cara de pánico el grano de la nariz.

—Ja, ja, ja —rompió a reír la madre ante la cara de incompreensión de Albert—. Es un grano de acné. No te preocupes. Eso es que te estás convirtiendo en un adolescente.

—Pero ¿qué hago? ¿Cómo me lo quito?

—No hagas nada, no sufras. Es mejor no tocarlo o se infectará, se te pondrá rojo, se te hinchará y será peor.

—Ah, no, ni pensarlo, ¡quítamelo! ¡¿Cómo quieres que vaya al cole con esto?! —replicó Albert, señalándose con asco el grano.

—Bueno, como quieras. Te lo reviento, pero se te pondrá rojo y se verá más todavía.

—¡Da igual, quítamelo!

Y su madre cogió el algodón y el alcohol, se lo reventó, empezó a sacar el pus y desinfectó el grano. Le hizo daño, pero Albert no dijo ni pío; no quería interferir en la operación y solamente deseaba que se acabase y poder contemplarse la cara sin sentirse un monstruo. Cuando terminó, comprobó que su madre tenía razón y que el aspecto de su nariz era de todo menos normal: roja e hinchada, bien visible y llamativa. En aquel momento se acordó del personaje de una novela gráfica que acababa de leer que era una versión de *La metamorfosis* de Kafka, en la cual el personaje, Gregorio Samsa, se despertaba convertido en un insecto y no entendía por qué nadie de su familia hacía nada por ayudarlo. Por suerte él tenía a su madre, que había acudido en su auxilio, aunque el resultado no había sido el deseado.

Su cara dejó ver la desesperación que sentía al verse convertido en un monstruo.

—No pasa nada, Albert. Son cosas típicas de la pubertad. Significa simplemente que te estás haciendo mayor. A partir de ahora vendrán más cambios. Es un proceso natural imparable. Algunos serán físicos, como el grano, y otros, de carácter, como estar más irritable o nervioso. No le des importancia, os pasará a todos, a tus amigos y amigas.

—¿Y qué si les pasa a todos? Pero ahora me ha pasado a mí. ¿Y cómo quieres que salga a la calle con esto? Yo no voy al colegio.

—Ni hablar. Es tu obligación y lo sabes. Venga, a vestirse y a clase, o el daño que te hace no será nada comparado con las consecuencias que tendrá.

Resignado, volvió a su habitación y se vistió con desgana; se puso, para compensar, la camiseta azul que tanto le gustaba, unos pantalones vaqueros cortos y las zapatillas que le habían regalado por su cumpleaños; revisó la mochila que se había preparado la noche anterior y fue a la cocina a desayunar sin peinarse. Mientras lo hacía, su cabeza no dejaba de pensar qué podía hacer con eso que le había salido, pero todas las alternativas quedaban descartadas por el ridículo que implicaban: ponerse una tirita, maquillaje de su madre, una mascarilla de la pandemia... Todo era peor que esa nariz de payaso que se le había quedado.

Desayunó en silencio mientras su madre se reía disimuladamente, y eso lo irritó todavía más. Pero, sobre todo, le preocupó porque, si ella se reía, ¿qué no harían sus amigos? ¿Y qué diría Laia? Un nudo en el estómago le devolvió la leche con cacao a la garganta, aunque logró retener el vómito

y se acabó el vaso: sabía que su madre no le dejaría irse hasta que no lo apurara del todo.

—Adiós, mamá. Me voy a hacer el ridículo.

—Adiós, Albert. Que tengas un buen día. Y no sufras por la nariz, que eso les va a pasar a todos tus amigos. Son cosas de la edad. Si se burlan de ti, diles que a ellos también les llegará.

Y salió por la puerta con la sensación de haberse convertido en un monstruo, convencido de que sus amigos no comprenderían lo que su madre le había explicado y de que se burlarían de él sin contemplaciones.

Mirémonos al espejo

¿Has notado que tu cuerpo cambia? ¿Hay algo que te preocupe o que no entiendas por qué te pasa? Si estás a punto de entrar en la pubertad o ya te has zambullido en ella, es muy normal que se manifiesten cambios físicos y psicológicos. No sufras. En algún momento nos pasa o nos ha pasado, a todos y a todas. Además, es importante que nos aceptemos con las dificultades y las virtudes que tenemos: se llama autoestima y hay que potenciarla para sentirnos mejor. Pero, si aun así te preocupa algo, pregunta a tus padres o a algún adulto de referencia. Seguro que ellos te podrán ayudar.

En la puerta del colegio

Salió a la calle y se dirigió a casa de Laia, llamó al timbre y, cuando su amiga respondió, le dijo que bajara, como hacía todos los días. Mientras esperaba en el portal, dando vueltas de impaciencia, maldecía la pubertad esa que había dicho su madre y que lo había convertido en un monstruo como el de *La metamorfosis*. Unos minutos después oyó la puerta abrirse y, al aparecer el pelo rubio y la blancura de piel característica de su amiga, comprobó cómo su habitual sonrisa se transformaba en una mueca de sorpresa.

—¿Qué te has hecho? —gritó Laia.

—Sí, ya lo sé, tengo una pinta horrible, pero mi madre dice que es normal, que nos tiene que pasar a todos —respondió él, avergonzado.

—¿A todos se nos tiene que poner la nariz de payaso que llevas?

—Era un grano blanco, pero mi madre me lo ha reventado y se me ha quedado así. Antes era peor.

—Ah, un grano, claro. A mí también me salen, y no es para tanto. Mi madre me ha explicado que quiere decir que pronto me bajará la regla, que es normal.

—¿Tú también tienes granos? ¿Y por qué no te los he visto?

—Porque no eran tan grandes y me los reduje un poco antes de reventarlos. Y porque no te fijas en mí, que ni me miras.

El chico se puso rojo. Claro que la miraba, y bien que le gustaba, pero no se había fijado tanto, nunca le había visto un grano como los de él.

—¿Y la regla? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Que es parte de lo mismo: los granos, la regla, los pelos que nos salen, como los que tienes en el bigote... son algunos de los cambios de la pubertad. Nos pasará a todos y a todas, pero a cada uno a su ritmo.

La manera en que hablaba su amiga de un tema como ese lo avergonzó, y la referencia a los pelos del bigote hizo que se los tocara con la mano. Al notar el bozo que tenía, se puso más rojo y pensó que tendría que haberse afeitado y se sintió más ridículo todavía. Estaba claro que no era su día. Mientras pensaba en esto, recordó lo que le había costado orinar esa mañana y la dificultad para dominar su pene. Ató cabos y concluyó que quizá aquellos fenómenos corporales tuvieran alguna relación con la pubertad, como la tenía la regla para ella.

—A lo mejor nos pasa a todos, pero ya verás cómo Sebas y Roge se burlan de mí. Cuéntales a ellos que es algo normal.

—No les hagas caso, que ya sabes cómo son, unos capullos. Tú a la tuya.

Cuando llegaron al colegio, lo primero que oyó fueron unas carcajadas escandalosas que no presagiaban nada bueno. Miró hacia la puerta con miedo y encontró a sus amigos, pelo rapado por la nuca y tupé exagerado por delante, como cortados por el mismo peluquero, pero en tonalidades diferentes, señalándole y burlándose de él sin piedad.

—Pero ¿quién es el payaso ese que entra por la puerta? Si es Albert, ja, ja, ja —se adelantó a decir Sebas, más corpulento que el otro amigo, y de pelo rubio y unos ojos verdes que deslumbraban a todos y lo convertían en el líder del grupo.

Albert entró sin decir nada y fue directo hacia el aula. Fue Laia quien respondió a las burlas de los amigos.

—Cerrad la boca. ¿No veis que es un grano de pubertad? Si no fuerais tan bebés, lo sabríais porque también os habrían salido a vosotros, así que cerrad el pico.

Pero al entrar en la clase continuaban las sonrisas y las burlas mientras apuntaban a Albert con el dedo. Hasta que entró la profesora y se dio cuenta de la situación.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esas risas que oigo? ¿Tan contentos estáis?

—Es Albert, que se ha disfrazado de payaso —explicó Roge entre sonrisas, siguiendo el ejemplo de su compañero.

—¿Qué pasa, Albert? ¿Qué te ha pasado en la nariz? —preguntó Rosa, fingiendo desinterés.

—Eh, nada, que me ha salido un grano y mi madre me lo ha quitado.

La profesora aprovechó el jolgorio para comenzar la clase abordando el conflicto que había surgido entre el alumnado.

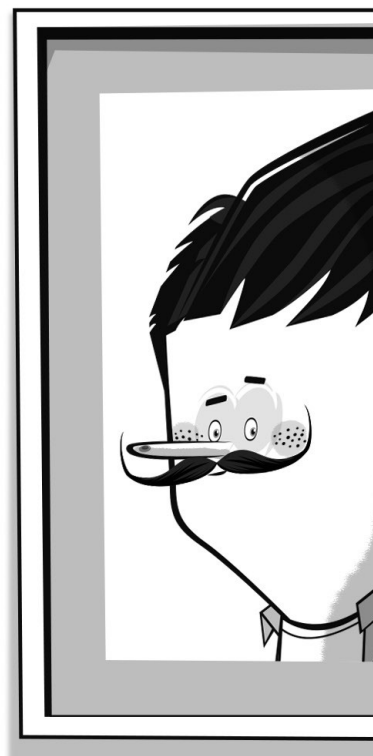
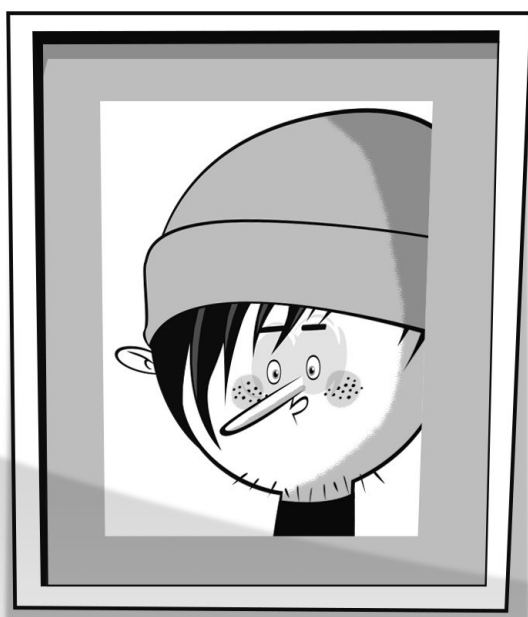
—No sé de qué os burláis. Lo que tiene Albert solo es un grano de acné, típico de la pubertad. A todos os saldrán. Pensad que estáis en la edad de los cambios corporales que llegan con ella: os saldrán granos y pelo en los genitales, en

las axilas, en el bigote. Son los cambios normales de la pubertad y no os tenéis que burlar de ellos, porque, si lo hacéis ahora, mañana o pasado mañana se burlarán de vosotros.

Se quedaron en silencio, intrigados por lo que contaba la profesora. Todos, excepto Sebas, que siguió riéndose de manera poco disimulada mientras miraba a Albert con superioridad.

—También se os despertará la curiosidad sexual, sentiréis atracción por algún compañero o compañera, sentiréis unas cosquillas en el bajo vientre...

Y al decir eso, notó que la clase se había quedado en silencio. Los alumnos callaban y miraban por la ventana, di-



simulando, y las sonrisas habían desaparecido. Hasta la de Sebas, que ahora estaba rojo como un tomate.

—¿Ya no tenéis ganas de reír? Mejor, porque burlarse de un compañero no está nada bien. Aunque, si es por la vergüenza que os da hablar de los temas que he mencionado, no sufráis, que dedicaremos unas clases a conocer la pubertad. Me parece que buena falta os hace.

Y con eso se acabó el escándalo. Sacaron los libros y cuadernos y se pusieron a trabajar. Albert respiró. Después de todo, no había sido tan grave, y ya nadie se fijaba en su grano de la nariz.

